

De "Tierra inhóspita" a "Tierra de Misiones": Baja California y la última frontera jesuítica [1683-1767]

Resumen: Los continuos fracasos colonizadores por parte de los grupos militares y civiles sobre la Baja California hicieron necesario un cambio de estrategia en el que la Compañía de Jesús pasó a ser pieza fundamental para la incursión en un territorio virreinal periférico. El objetivo de este trabajo es analizar la singularidad de la Baja California en su proceso de ocupación, profundizando en la concepción de las misiones como los primeros asentamientos urbanos y ejes vertebradores del territorio y la identificación simbólica misión-territorio para la población autóctona.

Palabras clave: Compañía de Jesús, Misiones, Baja California, frontera, indígenas.

From "Inhospitable land" to "Land of Missions": Baja California and the last Jesuitic frontier [1683-1767]

Abstract: The repeated failures of military and civilian groups to settle in the Baja California peninsula made necessary a change of strategy in which the Society of Jesus played a key role. The aim of the article is to analyze the singularity of Baja California in its process of occupation, stressing the conception of missions as the first human settlements and structuring axis of the territory, and the symbolic identification mission-territory for the indigenous population.

Keywords: Society of Jesus, Missions, Baja California, frontier, indigenous.

De "Terra inhóspita" a "Terra de Missões" Baja California e a última fronteira jesuítica [1683-1767]

Resumo: Os continuo fracasso por grupos militares e civis na Baja Califórnia exigiu uma mudança de estratégia em que os jesuítas tornaram-se uma pedra angular para poblar em um território colonial periférica. O objetivo deste trabalho é analisar a singularidade da Baja Califórnia, no processo de ocupação, aprofundando o entendimento das missões que os primeiros assentamentos urbanos e backbones do território e território simbólico de identificação de missão para a população nativa.

Palavras—chave: Companhia de Jesus, Missões, Baja California, fronteira, indígena.

Cómo citar este artículo: Fuensanta Baena Reina, "De 'Tierra inhóspita' a 'Tierra de Misiones': Baja California y la última frontera jesuítica [1683-1767]", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 4 [2014]: 88-110.

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2013

Fecha de aprobación: 30 de abril de 2014



Fuensanta Baena Reina: Licenciada en Historia y en Antropología Social por la Universidad de Granada. Cursó sus estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos [Cultura y Gestión] en la Universidad de Granada. Actualmente es becaria del Programa de Formación de Profesorado Universitario [FPU] que otorga el Ministerio de Educación y Cultura de España.

Correo electrónico: fuenbr@gmail.com, fuenbr@ugr.es

De “Tierra inhóspita” a “Tierra de Misiones”: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)

Fuensanta Baena Reina

Introducción

El 18 de marzo de 1683, dos navíos atravesaron el Mar de la California. A bordo, entre más de cien personas que componían la tripulación, iban los padres Eusebio Francisco Kino, Matías Goñi y Juan Bautista Copart, representantes de la Compañía de Jesús, que recién había obtenido la licencia del virrey José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, para la evangelización de la California. Se da así comienzo a una nueva etapa en el desarrollo de esta región novohispana, marcada por una conquista temporal y espiritual protagonizada por los jesuitas.¹

La península de Baja California se encuentra separada geográficamente de la parte continental y es una de las más largas y estrechas del mundo, con unos 1260 km de longitud. Limita al Norte con Estados Unidos, al Este con el Golfo de California y el Mar de Cortés y al Oeste con el Océano Pacífico, con una superficie total de 142.578km².² A pesar de encontrarse casi totalmente rodeada por agua, en sus tierras ésta escasea, dado que las precipitaciones son muy reducidas y apenas se conforman riachuelos y agujeros de mediano tamaño. El centro de la península está recorrido por una cadena montañosa que divide el territorio en dos vertientes desiguales: la occidental, más prolongada y desértica, y la oriental, más angosta y con presencia de pequeños torrentes y puntos de agua.

Desde la segunda mitad del siglo XVI, Baja California se convirtió en un territorio vinculado al avance hacia la frontera norte del virreinato y hacia el Pacífico. De hecho, tras la conquista del Imperio Azteca, y aun cuando no se había pacificado y colonizado todo el Altiplano Central, zona densamente poblada, Hernán

1. Años más tarde, por Real Cédula del 6 de febrero de 1697, el virrey José Sarmiento autorizará el establecimiento de la Compañía de Jesús en la California con una doble condición. Por un lado, que la conquista se hiciese en nombre del rey de España y, por otro, que esta campaña de ocupación y evangelización del territorio no supusiese un gasto para la Real Hacienda. La Compañía obtenía también la responsabilidad civil y militar, de modo que a la labor evangelizadora primeramente encomendada se sumaba la potestad sobre el poder político y militar de los territorios conquistados.
2. David Piñera, *Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los aborígenes a la urbanización dependiente* (México: UNAM/UABC, 1991) 9.

Cortés se lanzó a explorar las costas del Mar del Sur,³ financiando una serie de viajes que lo llevaron a lo que parecía ser una isla, a la que se llamó Santa Cruz y en la que tuvieron contacto con un grupo de nativos tras desembarcar. Parte de la tripulación, al frente del capitán Diego Becerra de Mendoza y del piloto Ortuño Jiménez, murió, y sólo sobrevivieron algunos marineros, así como el grupo de religiosos, quienes marcharon a las costas de Jalisco para dar noticia de lo ocurrido. Sin embargo, el navío fue capturado por Nuño de Guzmán. Era el año de 1532 y lo que nos interesa de esta expedición, amén de ataques indígenas o de rebeliones a bordo, será el contacto con esta tierra en un principio considerada insular.

En 1535 se repitió la expedición, dirigida por el propio Cortés. Por un año se exploraron las costas del Golfo de California, pero los resultados no fueron satisfactorios, dadas las dificultades climáticas que encontraron, ya no sólo durante el trayecto. También en tierra firme, desembarcando en la Bahía de La Paz o de la Santa Cruz⁴, se estableció una primera guarnición de hombres que a duras penas sobrevivió en tan inhóspita zona, de modo que al final tuvieron que ser evacuados a finales de 1536.

Las expediciones de descubrimiento y ocupación del territorio bajacaliforniano se multiplicaron en la centuria siguiente, resultado de la obsesión por extender los dominios de la Nueva España.⁵ Además, la posición estratégica del apéndice peninsular que es la Baja California comenzó a cobrar relevancia como punto intermedio en el tornaviaje de la Naos de Manila desde Filipinas.⁶

En la primera mitad del siglo XVII destacan los esfuerzos, no siempre recompensados, de Pedro Porter Casanate, quien tras dirigirse a las costas peninsulares en auxilio del Galeón de Manila, llegó con abundante información de los indígenas que vivían cerca del Cabo de San Lucas. Hacia 1643, Porter estableció los primeros contactos con los jesuitas para acompañarlo en sus expediciones y fomentar así un posible asentamiento fijo en estas tierras. El padre provincial Luis de Bonifaz cedió a dos jesuitas que estaban trabajando en las misiones de Sinaloa, los padres Jacinto Cortés y Andrés Báez.⁷

Pero quizá la expedición más significativa, por lo que supuso a nivel de ocupación y contacto directo con los indígenas, será la del Almirante Isidro de Atondo y Antillón. El virrey envió al monarca Carlos II el "testimonio de la escritura otorgada por Isidro Atondo y Antillón para la conquista, población y reducción de

3. Los intereses de Hernán Cortés en el Pacífico han sido estudiados por Woodrow Borah, "Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico. El Perú y la Baja California", *Revista de Estudios Novohispanos* 4 (1971): 7-25; Miguel León-Portilla, *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia* (México: UNAM/UABC, 2000).
4. De esta expedición conservamos el "Mapa de la Nueva tierra de Santa Cruz, extremo meridional de la California descubierta por Hernán Cortés el 3 de mayo de 1535", 1535. Archivo General de Indias, Sevilla, Sección Mapas y Planos, MP-México, 6.
5. Una amplia explicación de los viajes emprendidos por los virreyes la encontramos en Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (México: UNAM, 2001) 57-79.
6. Tras el descubrimiento de la ruta de navegación del Tornaviaje por Andrés de Urdaneta en 1565, y dado lo largo y peligroso de la travesía, se pensó en establecer en las costas californianas un puerto de apoyo en el que la Naos pudiese recalar para abastecerse y desembarcar a la tripulación enferma. Es por ello que la California se va a convertir en pieza fundamental en el engranaje del expansionismo marítimo y terrestre a través del Pacífico, despertando el interés de conquistadores, aventureros, piratas y comerciantes.
7. Jorge I. Rubio, *El virreinato: Expansión y defensa*, vol. III (México: FCE, 1983) 263.

los gentiles del Reino de la California”, que fue firmado por el rey y aprobado su contenido. Se ordenó su cumplimiento en diciembre de 1681.⁸ Tras la nueva toma de posesión de las tierras, la región fue bautizada como Santísima Trinidad de la California. A pesar del temprano interés mostrado por la California, no será sino hasta el siglo XVIII cuando se asista a una ocupación sistemática de su territorio. Los protagonistas serán los padres de la Compañía de Jesús, agentes colonizadores particulares que se harán cargo de la conquista espiritual y territorial.

Aunque en un primer momento los jesuitas pusieron sus miras misioneras y evangelizadoras en las Indias Orientales, donde encontramos a San Francisco Javier en el año de 1542, no será sino hasta la muerte del emperador Carlos V que encontremos a la Compañía en el Nuevo Mundo, cuando la ocupación sustancial del continente estaba prácticamente realizada. Sólo quedaban las regiones marginales y algunas interiores del continente, territorios periféricos con respecto al centro virreinal, y concebidos como inhóspitos, dado lo hostil de su ambiente natural.⁹ No obstante, es en este ámbito en el que se va desarrollar la actividad misionera de los jesuitas y, como señala Ángel Santos, “no descuidaban, antes se entregarían con mayor dedicación que los otros religiosos, a la actividad propiamente misionera con los indios del interior en las más alejadas regiones americanas.”¹⁰

A principios del siglo XVIII se planteó la necesidad de dividir la provincia jesuita de Nueva España. Pronto, los focos de atención de los jesuitas tomaron una doble direccionalidad. Si a finales del siglo anterior lo hacían en las fundaciones del norte y sur del territorio virreinal, ahora será hacia el este y el oeste: hacia el este a las Antillas, donde los jesuitas vuelven sus miras al malogrado Colegio de La Habana, fruto de la misión de La Florida; hacia el oeste a California, territorio en el que nos detendremos para su estudio en profundidad.

El padre Eusebio Francisco Kino encontró en estas tierras el escenario perfecto para desarrollar un modelo evangelizador utópico basado en el establecimiento de misiones o reducciones y en el aislamiento entre los indígenas y los colonos. El entusiasmo despertado por el padre Kino encontró su recompensa en la figura del padre Juan María Salvatierra, quien se dedicó a buscar fondos para el inicio de la labor misional entre los californianos.¹¹

La presencia humana a la llegada de los españoles a la Baja California distaba mucho de los grupos encontrados en el Valle de México, donde se tendió a generalizar a la población como parte de la cultura azteca o mexicana. El expansionismo español por tierras del Septentrión, en cambio, entró en contacto con unos modelos culturales que quedaban fuera de la concepción occidental de civilización¹²,

8. Rubio 270-271.

9. Baja California tradicionalmente ha sido considerada como un territorio hostil en cuanto a la existencia de una geografía agreste, aridez, escasez de lluvias, marcados contrastes térmicos, etc., que han condicionado la vida de sus habitantes.

10. Ángel Santos, *Los jesuitas en América* (Madrid: MAPFRE, 1992) 17.

11. Esta búsqueda de financiamiento para el proyecto ignaciano en Baja California tendrá su máxima expresión en la creación del Fondo Piadoso de las Californias. Véase Ignacio del Río, *El régimen jesuítico de la Antigua California* (México: UNAM, 2003) 86-92.

12. En el siglo XVI se produjo un fuerte enfrentamiento entre Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda acerca del

caracterizados por la presencia de numerosas tribus étnicas, muchas de las cuales presentaban modelos culturales parecidos y con un carácter mucho más belicoso que los del área central.¹³ Para la Corona era necesario introducir a esta población en un nuevo régimen económico basado en un sistema de explotación del suelo a través de la agricultura y la ganadería, además de prácticas artesanales.

En su mayoría eran culturas ágrafas, situadas en un estadio de cazadores-recolectores, que compaginaban con la práctica de la pesca. Sobre su organización social y patrón de asentamiento, las fuentes hispanas resaltan, una vez producidos los primeros contactos, la ausencia de un modelo organizativo de la sociedad. Aun así, podemos rastrear la existencia de mecanismos de cohesión social, que aunque no nos hablan de un gobierno como tal, sí permiten establecer una etapa previa. Antes del contacto con los españoles, los bajacalifornianos se organizaban con base en clanes, grupos de filiación cuyos miembros afirman descender de un antepasado común, real o mítico.¹⁴ Aunque las relaciones de parentesco no se conocen con exactitud, generalmente se trata de parientes de filiación unilineal y patrilineal. Estos clanes tienen un fuerte arraigo al espacio, pero no entendido por el componente de la territorialidad, sino por la cantidad de recursos que existían en el espacio ocupado. El condicionante climático provocará continuos movimientos migratorios hacia espacios que permitan aprovechar la totalidad de sus recursos. Es por ello que aunque hablemos de dispersión, de diferencias y desorden, en realidad subyace una organización social establecida y compleja en la que la banda articula y clasifica a cada uno de sus integrantes.

En la Baja California, los jesuitas organizaron el territorio en tres regiones, en función de la presencia humana que en ella había. Francisco X. Clavijero, retomando las apreciaciones del padre Taraval, nos habla de tres "naciones", y nos dice que:

Existen aún en el día, que son tres en la California cristiana, a saber: los pericúes, los guaicuras y los cochimíes. Los pericúes ocupan la parte austral de la península desde el cabo de San Lucas hasta los 24° y las islas adyacentes de Cerralvo, el Espíritu Santo y San José; los guaicuras se establecieron entre el paralelo de 23°30' y el de 26°, y los cochimíes tomaron la parte septentrional desde los 25° hasta los 33°, y algunas islas del mar Pacífico.¹⁵

El objetivo del presente trabajo es analizar y destacar la singularidad de la Baja California, centrándonos en el proceso de ocupación protagonizado por la Compañía de Jesús a través de la implantación de una red misional que congregó a los grupos indígenas dispersos en torno a la misión, de modo que nos permite verla como foco atrayente. Por otro lado, este análisis nos permitirá profundizar en la

carácter humano de la población indígena americana. En Baja California, el contacto entre grupos con diferente nivel de desarrollo llevó a pensar en una inferioridad del bajacaliforniano, aún más evidente que la de los pobladores del Valle de México.

13. Rosa E. Rodríguez, *Historia de los pueblos indígenas de México, Cautivos de Dios. Los cazadores-recolectores de Baja California durante la Colonia* (México: CIESAS/INI, 2002) 15-16.

14. Robin Fox, *Sistemas de parentesco y matrimonio* (Madrid: Alianza Editorial, 2005) 25-50.

15. Francisco X. Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California* (México: Editorial Porrúa, 1970) 50.

concepción de las misiones como los primeros asentamientos urbanos a lo largo de la geografía bajacaliforniana, misiones que se constituyen como eje vertebrador de un territorio marcado por su tardía ocupación, la escasez de incentivos económicos, el nivel cultural de sus pobladores y la peculiaridad de su colonización protagonizada por el grupo religioso frente al civil. Por último, aquí se buscará atender a la ubicación de las misiones cerca de los aguajes. Dado que la población autóctona empleaba estos espacios como lugares de reunión cíclica que rompían con el aislamiento cotidiano, la implantación de la misión conllevará a una identificación simbólica misión-territorio, lo que supone una reinterpretación del espacio y de las relaciones intergrupales.

1. Las misiones en Baja California: un peculiar sistema de ocupación

El establecimiento de una compleja red de misiones a lo largo del territorio bajacaliforniano tenía como objetivo aislar a los indígenas de los colonos españoles, desarrollándose así la práctica evangelizadora de un modo más profundo.

La misión como fundación religiosa no se limita al edificio de la iglesia y sus dependencias anexas, sino que debemos incluir también las viviendas para la población indígena, tierras de labor y ejidales. Se buscaba así reunir en torno a ellas a la población indígena, facilitando el adoctrinamiento y la evangelización. Por lo tanto, en la misión se concentraban las funciones religiosas, agrícolas, ganaderas, civiles y militares.¹⁶

Mientras la Corona concebía la misión como una institución temporal y como instrumento de colonización, los propios religiosos veían en ellas unidades permanentes de adoctrinamiento y evangelización. Esta oposición finalmente llevó a un acuerdo entre las órdenes religiosas y la Corona, de manera que se fomentó el sistema misional, a la par que se aseguraba que fuese una unidad activa y funcional que, pasado el tiempo, favoreciese la ocupación de áreas en las que la presencia española era aún nula. Es por ello que entre los planes de la monarquía hispana se encontraba ver a la misión como algo finito, pues una vez lograda la evangelización de la población, además de la pacificación del territorio a través de los presidios, estas misiones pasarían a ser pueblos en los que españoles e indígenas cristianizados conviviesen, secularizándose la presencia religiosa. Esto pone de manifiesto que los religiosos, además de su labor de propagación de la fe cristiana, eran políticamente útiles para el avance y conquista de nuevos territorios que pasarían a incorporarse al virreinato. La península de Baja California pasaba a convertirse en un lugar lleno de posibilidades.¹⁷

En efecto, los grandes focos demográficos y culturales del continente americano ya se habían ocupado. La incorporación de nuevos espacios territoriales al Imperio hispano hizo que éste se valiese de la joven Compañía de Jesús para llevar a cabo sus propósitos. No obstante, es necesario aclarar que esta necesidad fue

16. Del Río, *El régimen* 42.

17. Ivonne del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII* (México: Siglo XXI, 2009) 185.

recíproca, pues los jesuitas necesitaban de la Corona para predicar en los territorios virreinales. Es por ello que a pesar de las oposiciones o diferentes puntos de vista que sobre la ocupación pudieran tener unos y otros, los ignacianos siempre se mostraron en posición de aparente subordinación.¹⁸ Así, éstos van a ser vistos como agentes de colonización que podían tener un trato más cercano con los grupos indígenas para facilitar su incorporación, junto al territorio, al sistema imperial hispano. Para el caso de Baja California, el misionero se ha convertido en un agente de descubrimiento y exploración de nuevas tierras, gentes, recursos, etc.¹⁹

Con todo, la colonización de Baja California no llegó a ser tan frenética como la que se dio en otras áreas virreinales. Al margen de la ocupación jesuita hubo intentos por establecer asentamientos civiles, llegando colonos atraídos por la aventura y codicia que se generó con el descubrimiento de las perlas y los centros mineros.²⁰ A esto hay que añadir la presencia de militares y la erección de presidios como elementos de control y defensa del territorio, así como organizadores del espacio.²¹ A pesar de todo, los jesuitas estaban decididos a llevar a cabo un proyecto utópico, limitando la llegada de nuevos pobladores, acudiendo a la necesidad de aislamiento de los indígenas para un mejor adoctrinamiento y conversión. Aquí es donde encontramos la particularidad de la ocupación bajacaliforniana con respecto al resto del virreinato: la práctica exclusividad de la Compañía de Jesús a la hora de afrontar la ocupación del territorio y que intentaba mantener a toda costa.

Y es que no debemos perder de vista que se trataba de ocupar una amplia región de utilidad potencial, con recursos económicos y humanos que explotar. Por otro lado, la realidad bajacaliforniana no se podría entender sin la relación de la región con la gran empresa de los ignacianos, es decir, el establecimiento de una compleja red de territorios bajo control de la Compañía, repartidos por Europa, Asia y América. Así, por ejemplo, son más que evidentes las relaciones entre Baja California y Sonora-Sinaloa, y Baja California con Asia (a través del Galeón de

18. Para Miguel Messmacher, el objetivo era la conformación de unos Estados teocráticos "en virtud de que el gobierno era ejercido por una casta sacerdotal cuya autoridad emanaba supuestamente de la divinidad, pero estaba concedida por la Corona española." Miguel Messmacher, *La búsqueda del signo de Dios. Ocupación jesuita de la Baja California* (México: FCE, 1997) 245. Esta controvertida visión plantea opiniones contrarias, como la de Ignacio del Río, quien acertadamente se cuestiona por lo correcto de hablar de Estado jesuítico, cuando la continuidad o no de los religiosos en un territorio siempre dependió de la Corona, y "la extinción total de esos regímenes se produjo cuando así lo decidió el soberano, sin que nada ni nadie lo llegara a impedir. Procurar un margen amplio de autonomía para organizar y gobernar una provincia no tiene por qué interpretarse como proclividad separatista". Del Río, *El régimen* 17-18.

19. Esto explica que muchos ignacianos emprendieran diferentes campañas de exploración del territorio californiano, tanto por tierra como por mar. Tal es el caso de los padres Kino, Ugarte, Salvatierra, Piccolo. Estas campañas permitían el establecimiento de las misiones en aquellos espacios que más se prestaban a la supervivencia. Véase Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California* (México: UNAM/IIH, 1990) 73-90.

20. Quizá la figura más notable sea la de Manuel de Ocio y la conformación de los primeros reales de minas de Santa Ana y San Antonio.

21. No obstante, como complemento a la labor misional, el presidio no tuvo un desarrollo crucial en Baja California. Durante mucho tiempo sólo hubo uno, el de Loreto, a pesar de que hacia el sur, las tensiones con los grupos pericúes fueron intensas, llegando incluso a la muerte de dos misioneros, los padres Carranco y Tamaral. La rebelión de los pericúes tuvo lugar en 1734 y supuso la muerte de los dos primeros misioneros jesuitas en tierras californianas. La Corona mandó entonces la erección de un nuevo presidio en San José del Cabo, al que se sumará ya en 1769 el de San Diego en la Alta California. En Ignacio del Río, "Aculturación y resistencia étnica en la California peninsular: la rebelión indígena de 1734", *Históricas* 32 (1991): 27-38.

Manila). Con ello se controlaban las relaciones dentro y fuera de California, a lo que contribuyó la posición estratégica de la península. Se fomentan así las relaciones entre regiones fronterizas y periféricas, controladas por los ignacianos, tanto en Asia como en América.

Para sentar las bases económicas del proyecto jesuita se implantó un modelo agro-ganadero que se enfrentaba con las limitaciones del terreno fértil y del agua, pero que permitió el autoabastecimiento de las misiones y la presencia de ignacianos durante 71 años. A este impulso económico contribuyó la introducción de nuevas especies vegetales y animales, como maíz, trigo, uvas, ovejas, vacas y caballos, entre otros. La producción agrícola y ganadera posibilitó el autoabastecimiento de las misiones y el desarrollo de un incipiente mercado intermisional,²² pero bajo esta inmersión de la Baja California en la órbita occidental subyace la ruptura de la simbiosis hombre/naturaleza, fundamental para comprender el ciclo vital indígena.²³

El contacto directo y exclusivo de los misioneros con la población indígena permitía una intervención en materia social. Además, se produjo una aculturación limitada, favorecida por este contacto de dos grupos culturales diferentes, donde el grupo minoritario se impuso al más numeroso, modificándose el acervo cultural nativo y aproximándolo al modelo cristiano europeo.

Este proyecto utópico de aislar al indígena de los civiles colonos ya se venía practicando desde el primer cuarto del siglo XVI por los franciscanos, como señala la profesora Gloria Espinosa.²⁴ Aquí se modifica un esquema organizativo de cabecera-visita ya desarrollado en el centro y norte novohispano, readaptándose a las circunstancias de la población autóctona, con un patrón de asentamiento disperso y con una marcada movilidad periódica por los diferentes parajes. En la Baja California se establecerá el siguiente esquema:

- Misión-Presidio (el primer ejemplo lo tenemos en Loreto).
- Misiones o Cabeceras.
- Visitas o Pueblos de visita (asentamientos seminómadas).
- Rancherías (asentamientos de indígenas nómadas).
- Reales de minas (pueblos constituidos por los colonos llegados de otras partes del virreinato).

En esta organización territorial es fundamental comprender el papel de la misión como eje vertebrador y organizador del territorio. Los jesuitas supieron

22. Del Río, *El régimen* 96-116. Igualmente, Miguel Ángel Sorroche resalta la importancia de la presencia, en la contracosta de Sonora y Sinaloa, de otra red misional jesuita que permitía el abastecimiento de la California, lo que nos lleva a considerar el noroeste desde una perspectiva integral que incluya los territorios de Nayarit, Sinaloa, Sonora, Arizona y California. Miguel Ángel Sorroche, "Baja California. El espacio patrimonial", *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California*, ed. Miguel Ángel Sorroche (Granada: Atrio, 2011) 52.

23. Esta ruptura vino también a destruir la base cultural de la población indígena, como señalan Micheline Cariño y Lorella Castorena, "Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): Cambio cultural/ambiental", *El Patrimonio Cultural en las misiones de Baja California*, ed. Miguel Ángel Sorroche (Granada: Atrio, 2011) 113-162.

24. Gloria Espinosa, *Arquitectura de la conversión y evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI* (Almería: Universidad de Almería, 1999).

adaptarse al ciclo anual de movimientos por estaciones de la población indígena, quienes así aprovechaban todos los recursos que les ofrecían las diferentes regiones por las que circulaban. Así, para el establecimiento de una misión era fundamental contar con una fuente de agua permanente, tierras de labor y mano de obra indígena. Es por ello que la mayoría de las misiones se encuentran ubicadas en parajes donde la presencia de aguajes, humedales y oasis es notoria.²⁵

Ya hemos mencionado que los grupos bajacalifornianos se organizaban en clanes. Cada clan se componía de bandas locales o primarias integradas por unos 15 a 30 individuos.²⁶ Estas bandas las constituían comunidades familiares asociadas que se asentaban en un territorio del cual dependía su subsistencia, generalmente cerca de corrientes de agua, o bien, de recursos vegetales o animales abundantes. Precisamente los aguajes se convirtieron en elementos de separación del territorio correspondiente a cada banda. Sin embargo, hay zonas que, por su importancia como fuentes de sustento, serán utilizadas por todos los grupos como áreas neutrales.

Estos espacios tenían, por lo tanto, un fuerte significado para la población autóctona. Por ello, la ubicación de las misiones cerca de los aguajes conllevará una identificación simbólica misión-territorio.²⁷ Dado que, previo al contacto, los grupos humanos empleaban estos espacios como lugares de reunión cíclica que rompían el aislamiento cotidiano, los jesuitas los usaron para atraer a la población indígena, facilitando su reducción y adoctrinamiento. Además, estos espacios reforzaban los lazos de cooperación e identificación con el grupo, de ahí que se produzca una reinterpretación de las relaciones socio-culturales y simbólicas.

La localización de las misiones en los puntos centrales de estos territorios sólo se puede entender por el perfecto conocimiento que del espacio tenían los grupos indígenas y de los que se aprovecharon los religiosos para ubicar estratégicamente las cabeceras de un sistema que junto con las visitas, permitiría controlar un espacio que paulatinamente fue ocupado desde un área central en torno a la misión de Loreto.²⁸

En cada misión había un grupo permanente de población: el padre jesuita, uno o varios soldados, los menores de 12 años, población enferma, ancianos y mujeres embarazadas. A la población indígena se le atraía con el intercambio de alimentos, ropa y utillaje. El misionero, además, tenía potestad política y civil de nombrar cargos

25. Analizando la presencia jesuita en Baja California desde una perspectiva medioambientalista, cabe mencionar que en el actual Baja California Sur hay identificados 171 oasis, que se han convertido en lugares atractivos para el desarrollo de la vida. Los más grandes son los de San Ignacio, (2,7 km²), La Purísima (2,5 km²), San José del Cabo (1,4 km²) y Mulegé (1,03 km²), tal y como señalan Cariño y Castorena 119.

26. Aunque como señalan León y Magaña, "según las circunstancias podían variar desde microbandas, conformadas por unas cuantas familias, hasta macrobandas, que llegan a aglutinar a la mayoría de los del clan, es decir, aproximadamente unos 200 miembros", Lucila del C. León y Mario A. Magaña, "La prehistoria y las exploraciones", *Breve historia de Baja California*, coord. M. A. Samaniego (México: UABC/Miguel Ángel Porrúa, 2006) 15.

27. Se produce una ruptura de la simbiosis hombre/naturaleza con la transformación en el uso de los recursos territoriales, que es evidente con la introducción de nuevos cultivos y animales, provocando además la pérdida de estrategias de adaptación al medio. Cariño y Castorena 131-142.

28. Sorroche 54.

entre los indígenas, por lo que se escogía al más adecuado para que actuase como gobernador del pueblo. Ya hemos comentado que la población bajacaliforniana se organizaba en bandas que se movían por el territorio al que se circunscribían. En éstas, el elemento básico era la familia en torno a uno de sus miembros, generalmente un varón reconocido por el resto de los miembros por sus habilidades y prestigio en la caza. Él se convertía en líder del grupo y aglutinaba a otras familias emparentadas con él. Este principal mostraba su distinción a través de un bastón de mando adornado con plumas y perlas.²⁹

2. La financiación del proyecto misional bajacaliforniano

Todo este proyecto misional fue sustentado a través de dos vías recaudatorias. Por un lado, gracias a la creación del Fondo Piadoso de las Californias, el instrumento más activo en la financiación y mantenimiento misional.³⁰ Ya vimos que una de las condiciones que el virrey novohispano puso para la presencia jesuita en la península fue que debían autofinanciar su proyecto, es decir que la evangelización de este nuevo territorio no supondría un gasto para la Hacienda Real. Es por ello que pronto la Compañía de Jesús se dirigió a donantes y bienhechores que habían hecho posible el asentamiento en otras áreas como la del Septentrión y el Gran Nayar.³¹

Todas las donaciones se fueron acumulando en un fondo de cuya administración se encargaba un procurador. El Fondo Piadoso de las Californias pronto acumuló no sólo donaciones monetarias, sino también bienes raíces que se conservaban, permutaban o vendían.³² Pronto se compraron haciendas por toda Nueva España para suministrar a los diferentes centros jesuitas repartidos por todo el virreinato. Para el caso de la Antigua California, las propiedades más importantes se encontraban en la contracosta, es decir, Sinaloa y Sonora, que abastecían a través de barcos, también propiedad de la Compañía de Jesús, todo tipo de productos necesarios para el mantenimiento de las misiones.

Pero además de este Fondo Piadoso, los jesuitas contaron con otra vía de financiación: el dinero del erario real. Aunque hemos mencionado la condición de autofinanciación de las misiones bajacalifornianas, pronto los ignacianos supieron

29. El uso de los bastones de mando para distinguir a los dirigentes indígenas fue aprovechado por los españoles en todo el continente. En Baja California, estas varas estaban vinculadas a la justicia y eran entregadas por los propios jesuitas de la misión, quienes designaban así a los “justicias” o “capitanes” entre los indígenas. En: Del Río, *El régimen* 60.

30. El régimen económico del Fondo Piadoso aparece recogido en: Ignacio del Río, “Las haciendas del Fondo Piadoso de las Californias”, *Eslavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América Virreinal*, comp. Sandra Negro y Manuel María Marzal (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005) 141-153.

31. Para el estudio del expansionismo español por el Septentrión son interesantes las aportaciones realizadas por Herbert E. Bolton, *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest* (Yale: Yale University Press, 1921); Herbert E. Bolton, “La misión como institución de la frontera en el septentrión de Nueva España”, *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*, coord. Salvador Bernabéu y Francisco de Solano (Madrid: CSIC, 1991); Philip W. Powell, *Soldiers, Indians, & Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600* (California: University of California, 1952); Alfredo Jiménez, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)* (Madrid: Editorial Tébar, 2006); Salvador Bernabéu, *El septentrión novohispano: Ecolhistoria, sociedades e imágenes de frontera* (Madrid: CSIC, 2000). Para el Gran Nayar, véase Cecilia Gutiérrez, “Misiones del Nayar: la postrera obra de los jesuitas en la Nueva España”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 91 (2007): 31-68; o la ya citada Valle 83-133.

32. Messmacher 280.

cómo aprovechar las particiones reales a la Iglesia. Aunque las peticiones de que la Corona se hiciese cargo del mantenimiento de estos territorios fueron cumplidas, las crónicas jesuitas recogen que fueron necesarias las emisiones continuas de cédulas que ordenaban promover la empresa californiana, lo que pone de manifiesto, por otro lado, un incumplimiento del deseo regio, pues constantemente estas ayudas eran negadas por los virreyes, o bien, el pago se retrasaba por varios meses.³³ A pesar de las continuas peticiones de ayuda que los ignacianos emitían, tanto a sus mecenas como al gobierno, las misiones pudieron mantenerse, aunque no en todos los casos, con la producción de determinadas mercancías como el vino, las frutas y algunas legumbres, además de una producción ganadera que se repartía a otros puntos del virreinato.

Esta compleja red de financiación, que permitía a la Compañía acumular bienes, se intentó limitar por parte de la Corona ante el "temor" de que descuidaran sus misiones de evangelización. No obstante, la Iglesia en general y los jesuitas en particular, se convirtieron en grandes hacendados, ricos en patrimonio, lo que generó el celo entre las demás órdenes religiosas, hecho que fue empleado como una de las causas que motivaron su expulsión de los territorios hispanos en 1767.

3. La organización espacial de la Baja California [1697-1767]

Las misiones, como unidades político-económico-sociales, se establecieron en la Baja California a partir de 1697. En éstas se pretendía reunir a la población nativa en torno a un mismo centro para facilitar el adoctrinamiento en la fe cristiana. Este sistema no es para nada novedoso en el mundo hispánico. Ya franciscanos y dominicos, así como los propios jesuitas, estaban trabajando en otras áreas virreinales a través de la creación de reducciones o pueblos de indios, en los que se mantenía a éstos alejados de la población española, como ocurrió en la Pimería o la Tarahumara.³⁴

En Baja California, sin embargo, este intento chocará con el medio natural en el que se desarrollan los asentamientos. Y es que las misiones no siempre se fundaron en lugares más idóneos o donde se quería, sino donde se podía. No obstante, siempre se buscaban los espacios más estratégicos posibles, donde hubiese recursos alimentarios y, sobre todo, indígenas a los que evangelizar.³⁵ Aunque en un principio el asentamiento se estableciera en un punto acordado, la poca fertilidad de la tierra o los aires y aguas malsanos obligaban a abandonar el territorio de la misión para establecerse en otro lugar. En otros casos las misiones no se podían mantener por la falta de recursos humanos y materiales, y su población se reubicaba en otra misión, quedando la suya abandonada. Señala Juan J. Baergert que "...se fundaron dieciocho misiones en California, pero de éstas algunas fueron cambiadas, más tarde, a otros lugares y bajo otro nombre; algunas fueron

33. Clavijero 117-118; 121-124; 193-197.

34. Salvador Bernabéu, *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia* (Sevilla: CSIC, 2009) 165-211.

35. Piñera 52-55.

fusionadas y de dos se hizo una; de modo que a principio del año 1768, sólo se contaron quince.”³⁶

No obstante, es más que evidente que la ocupación y plantación de una misión por parte de los jesuitas tiene mucho que ver con la concepción espacial que tenían los propios bajacalifornianos, es decir que los jesuitas supieron aprovechar los conocimientos que tenían los indígenas sobre el territorio en cuanto a ubicación estratégica de manantiales, arroyos o aguajes, para ocupar, controlar y mantener el territorio. Así, el mantenimiento de la misión justificaba también la creación de espacios destinados a la explotación agropecuaria y artesanal. Sin embargo, la escasez de tierras propicias para el cultivo y, sobre todo, la falta de agua hicieron que constantemente se tuviera que pedir abastos a la contracosta. Y es que aunque se buscaba una separación indígenas-colonos, las misiones no eran unidades aisladas, sino que estaban integradas en un contexto regional y virreinal.³⁷

Por otro lado, la capacidad de unión dentro de la dispersión, característica de la Antigua California durante determinadas épocas del año, será un elemento fundamental a tener en cuenta en el funcionamiento de las misiones jesuíticas. Es relevante, sobre todo, en el aglutinamiento de población en la misión durante el calendario festivo cristiano, cuando se produce la bajada desde las rancherías de las diferentes familias, para acudir a las celebraciones del culto al santo patrón, la Semana Santa, Pascua o Natividad, entre otras.

La misión se constituye como un espacio de frontera. Como señala Hernán Salas, las fronteras son espacios culturalmente ricos, puntos de comunicación entre diferentes grupos humanos. Precisamente estos grupos, esta sociedad de frontera, debe ser analizada en su propio contexto, ya no sólo histórico, sino también ambiental y cultural particular: “Se trata, en consecuencia, de fronteras culturales que son diseñadas, imaginadas, construidas, negociadas y repensadas por personas geográficamente dispersas, en una cotidianidad muchas veces indiferente al cruce material de la línea que la representa.”³⁸ Es, además, un espacio de frontera con la gentilidad, que se transformará en una frontera política en el siglo XIX.³⁹

3.1. Red misional

El primer asentamiento fue el de San Bruno. Algunos historiadores no consideran este establecimiento como una misión propiamente dicha. Su organización (1683-1685) vino a coincidir con el viaje realizado por los tres jesuitas que acompañaron al

36. Juan J. Baegert, *Noticias de la Península Americana de California* (La Paz: Gobierno del Estado de BCS, 1989) 154.

37. A nivel regional, las misiones están conectadas entre sí, tal y como lo pone de manifiesto la construcción de vías de comunicación entre ellas. En el área central estaba Loreto, San Francisco Javier y San José Comondú; hacia el centro-sur Nuestra Señora de los Dolores y San Luis Gonzaga; y hacia el centro-norte, las misiones de Santa Rosalía, Nuestra Señora de Guadalupe y San Ignacio. Con el resto del virreinato son más que citadas las relaciones entre las misiones de la California y Sonora y Sinaloa.

38. Hernán Salas, “Introducción a la interpretación de las fronteras”, *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México* (Mexicali: UABC/CONACULTA, 2005) 8.

39. Mario A. Magaña, “Baja California-California: Ensayo histórico de su conformación de frontera de gentilidad a frontera binacional”, *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México* (Mexicali: UABC/CONACULTA, 2005) 46.

almirante Atondo, a saber, los padres Kino, Goñi y Copart. Situada a unos 20 kilómetros al norte de Loreto, su importancia reside en ser el primer establecimiento en tierras californianas.

Además, aquí los jesuitas tuvieron la posibilidad de convivir con la población indígena durante los escasos dos años que duró este asentamiento primigenio. Gracias a este contacto con el mundo indígena, concretamente con la población cochimí, el padre Copart tuvo las experiencias necesarias para escribir el primer catecismo en lengua cochimí. Durante esta estancia jesuita en California, el padre Kino se interesó también por buscar nuevas rutas de comunicación con otras comunidades dispersas por el territorio. Fueron especialmente intensos los avances hacia el norte, en la búsqueda de la unión de la Baja California con la parte continental.⁴⁰

Tras este primer breve asentamiento pseudo-misional, la Compañía de Jesús tuvo la oportunidad de reorganizar su estrategia de ocupación territorial basada en el sistema de misiones, que tan buenos resultados les estaba dando en la región suramericana del Paraguay y en la boliviana de Chiquitos. Además, para el caso de la Nueva España, la implantación del sistema misional bajacaliforniano tenía su más directo antecesor, como ya hemos visto, en los asentamientos de franciscanos y jesuitas en el Septentrión.

Así, tras los siguientes viajes de exploración realizados por las tropas reales a lo largo de la costa oriental bajacaliforniana, se decidió establecer un asentamiento el año de 1697 en la Bahía de Santo Domingo, en un lugar que los nativos llamaban Conchó o Comunchó, y en las cercanías de la Sierra de la Giganta. La misión que se fundó el 25 de octubre de 1697, bajo la advocación de Nuestra Señora de Loreto Conchó, contó con las donaciones de Juan Caballero y Ocio. Esta primera construcción, realizada con materiales toscos y pobres, fue sustituida por otra en piedra, cuyos cimientos comenzaron a colocarse hacia finales de esa centuria y principios de la siguiente. Cercano a Loreto comenzó a levantarse el presidio que debía albergar la población militar que acompañaba a los jesuitas en su andadura por California.

Tras la ocupación de Loreto, la red de misiones comenzó a tejerse en primer lugar alrededor de este asentamiento, que pasó a convertirse en la capital de la Península. A esta misión le siguió la de San Francisco Javier Viggé-Biaundó, en 1699. Ya en el siglo XVIII se fundaron Santa Rosalía de Mulegé y San Juan Bautista Ligüüg Malibat, en 1705, y en 1708 se levantó la misión de San José Comondú. No obstante, la década de los veinte fue, sin lugar a dudas, la más fructífera en lo que a asentamientos misionales se refiere, construyéndose La Purísima Concepción Cadegomó, Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí, Nuestra Señora del Pilar de la Paz, Nuestra Señora de los Dolores o de la Pasión Chillá y Santiago de los Coras, y hacia finales, San Ignacio Kadakaamang. En la década siguiente la labor misional se dirigió al sur peninsular donde se levantaron las misiones de San José

40. "Expedición de los padres Salvatierra y Kino y los límites de California" 1704. Archivo General de Indias, Sevilla, Sección Guadalajara, 232, L.9, ff.148v-150r.

del Cabo Añutí, Santa Rosa de Todos Santos y San Luis Gonzaga Chiriyauquí. Las últimas misiones que se levantaron se establecieron en la región septentrional de Baja California y fueron las de Santa Gertrudis, San Francisco de Borja y Santa María de los Ángeles Kabujakaamang, ésta última en 1767, año de la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios coloniales.⁴¹

Mapa 1: Red misional de Baja California.



Fuente: Ignacio del Río, *El régimen jesuítico de la Antigua California*. Mexico: UNAM, 2003.

Hemos comentado que el esquema organizativo que funcionaba como eje catalizador de lo cultural era el de misiones-visitas-rancherías. Tras hablar de las misiones como cabeceras territoriales, para las visitas, como señala Ignacio del Río, los jesuitas adoptaron este método porque “las rancherías indias comarcanas concurrían por turnos y sólo por unos días a sus respectivas misiones.”⁴² Para que una ranchería formase parte de un partido misional, sus integrantes debían entregar “sus idolillos y posesiones paganas” voluntariamente o por imposición.⁴³

En cualquier caso, este esquema no viene sino a mostrarnos un modelo que implica no sólo una organización del espacio y territorio peninsular, sino también el de una compleja red de relaciones socio-culturales y económicas que traspasa el periodo virreinal, reproduciendo en parte las fórmulas de apropiación y uso del territorio bajacaliforniano antes de la entrada española. El préstamo cultural

41. Miguel León-Portilla, “Baja California: geografía de la esperanza”, *Artes de México* 65 (2003): 64-71.

42. Ignacio del Río, “Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de Fray Juan Ramos de Lora”, *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974): 244.

43. Rodríguez 174.

que los misioneros adoptaron de este esquema queda reflejado en las festividades civiles y religiosas, que se celebraban y que se siguen realizando al día de hoy en la península de Baja California, de modo que se siguen dando concentraciones temporales de población en determinadas fechas: festividades patronales, Semana Santa, Navidad, etc.

Tras la orden de expulsión de los jesuitas dictada por Carlos III en 1767, fue necesario revisar el esquema planteado, reorganizando el territorio de modo que permitiera optimizar el rendimiento. Las misiones quedaron a manos de los franciscanos, quienes las gobernaron durante un lustro. Posteriormente, pasaron a los dominicos. Franciscanos y dominicos continuaron el proceso de expansión y ocupación de la península de Baja California, extendiendo su labor misional hasta la actual California norteamericana, Arizona y Texas.⁴⁴

A esto debemos de añadir que, bajo el gobierno de los Borbones y tras la visita de José de Gálvez, la California mexicana y la hoy estadounidense se convirtieron en verdaderos focos de atracción de población civil ante la posibilidad de riquezas mineras. Es por ello que se reforzaron los asentamientos en torno a los yacimientos de Santa Ana, San Pedro y San Pablo, San Nicolás, El Triunfo o el de San Antonio (la mayoría fundadas por Manuel de Ocio), constituyéndose en verdaderos Reales de Minas. Éstos entraron a formar parte de una nueva organización territorial, económica y administrativa, por la cual rancharías, haciendas y yacimientos mineros constituían una compleja red de intercambios en la que la agricultura, la ganadería y la mano de obra, abastecían a unas y otras.⁴⁵

3.2. Urbanismo misional

Tras su descubrimiento fortuito en 1970, los dibujos y grabados del jesuita Ignacio Tirsch sobre la naturaleza, vida y costumbres de la Antigua California durante la segunda mitad del siglo XVIII se convirtieron en verdaderas fuentes gráficas y documentales que permitieron profundizar en el análisis de las misiones desde el campo de la arquitectura y el urbanismo, el folclore, la historia natural, etc.⁴⁶ Especialmente interesantes son las realizadas a las misiones de San José del Cabo y Santiago de los Coras.

44. Sobre las misiones en la Nueva California, en los últimos años ha crecido el interés por su estudio, sobre todo por parte de universidades e investigadores estadounidenses. Para profundizar en estos asentamientos misionales, véase Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterrey* (México: Editorial Porrúa, 1970); James J. Rawls, *Indians of California*, (Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1984); Stanley Brandes, "Las misiones de la Alta California como instrumentos de conquista", *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. Encuentros interétnicos*, Vol. II, eds. Manuel Gutiérrez y otros (Madrid: Siglo XXI/ Junta de Extremadura, 1992) 153-172.

45. A este respecto, véase la obra de José Luis Amao, *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California* (México: INAH/Plaza y Valdés, 1997).

46. Estas pinturas fueron localizadas en 1970, cuando aparecieron formando parte de un calendario. Eran conservadas en la biblioteca Estatal de Praga. Miguel León-Portilla realizó un estudio sobre la vida del jesuita y sus pinturas, recogido en: Miguel León-Portilla, "Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII", *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974): 89-95.

Imagen 1: Misión San José del Cabo. Ignacio Tirsch



Fuente: Miguel León-Portilla, "Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII", *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974): 89-95.

Con todo, aunque a nivel planimétrico y urbanístico es muy poco, prácticamente nada, lo que conocemos de las misiones en esta región, en muchos casos historiadores, historiadores del arte, arquitectos y antropólogos se han visto en la necesidad de acudir a la traslación de datos referentes al área suramericana, concretamente a los actuales Estados de Bolivia y Paraguay. No obstante, contamos con los ya citados dibujos del padre Tirsch, así como algunos grabados referentes a la misión de Loreto y su presidio. Sin embargo, no podemos establecer una relación de la dimensión espacial y de las construcciones que se erigieron en las misiones.

El espacio misional estaba conformado por la iglesia, la plaza central, la gran cruz que adornaba el centro de ésta, el campanario, la capilla, las avenidas o calles procesionales, el hospital, la enfermería, la escuela, los talleres y el cementerio. Otros recintos eran la despensa, almacén o granero, donde se guardaban suministros para el mantenimiento de la misión, y las estancias donde vivían los indígenas. Como vemos, son tres las áreas principales que componen una misión, la primera netamente religiosa, y las otras dos civiles. Esta ordenación espacial y zonificación del territorio se completa con los espacios agro-ganaderos de huertas, corrales y aguajes que nos permiten hablar de la misión como un ente autosuficiente.

La iglesia ocupa el centro de la misión. Al igual que ocurría en Mesoamérica, la magnitud y magnificencia de las construcciones religiosas cristianas, de relevancia espacial y volumétrica, debían de causar impresión al indígena. Sin embargo, éste es el resultado final de una fase constructiva que comienza con edificaciones sencillas, de materiales toscos y rudimentarios, y con un carácter perecedero, hasta su sustitución definitiva por construcciones permanentes.⁴⁷

47. Marco Díaz, *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California* (México: UNAM, 1986).

Por lo general, son construcciones de una sola nave a la que se le adosan estancias laterales que funcionarán como capillas o sacristías. Se trata de construcciones muy parecidas en el tamaño y la composición, lo que pone de manifiesto la rudimentaria tecnología con que contaban los jesuitas y los indígenas, así como la escasez de mano de obra y de fieles. Con planta de cruz latina contamos con dos misiones, la de San Francisco Javier y la de San Ignacio.

La iglesia se convierte en centro de culto y adoración. En la construcción se empleaba piedra para el basamento y paredes de adobe.⁴⁸ La piedra, abundante en la península, a excepción de la zona sur, facilitaba el trabajo de consolidación de la base de la iglesia. La madera se empleaba tanto para construcciones temporales como para las permanentes, sobre todo para las cubiertas, las ventanas, escaleras y coros. Las techumbres se hacían planas, a dos o cuatro aguas, con cubiertas de palma o zacate. Posteriormente se fueron incorporando bóvedas de madera (de arista o de cañón) y cúpulas cubiertas con tejas.

Las fachadas eran sencillas y austeras. Hoy día han sufrido modificaciones, no sólo actuales para promover su conservación, sino también desde la propia expulsión de los jesuitas, cuando otras órdenes religiosas como dominicos y franciscanos se hicieron cargo de ellas. Quizá el ejemplo de exteriores más trabajados lo encontremos en la iglesia de la misión de San Francisco Javier, cuyas portadas, tanto la principal como las laterales, acusan una decoración más minuciosa y detallista.

Para el adorno interno, la iglesia se llenó de bienes muebles como retablos, pinturas, cálices, ropajes, pilas bautismales, lámparas, ciriales, órganos, alfombras, custodias, etc., todos traídos de la parte continental.⁴⁹ Para este suministro, el Fondo Piadoso de las Californias, del que ya hemos hablado, contribuyó ampliamente a la ornamentación de iglesias.⁵⁰

En un principio, los propios misioneros actuaron como arquitectos y constructores, ayudados por la población indígena o algún soldado que tuviese noción. A este respecto, destaca la labor, citada por los propios jesuitas, del indio ciego Andrés Comanji, de quien Francisco X. Clavijero señala que:

Su virtud ejemplar, el celo que manifestaba por la conversión de sus paisanos, la gracia particular que tenía para explicarles y hacerles entender los misterios de nuestra religión, la constancia en instruirlos, la paciencia inalterable con que sufría la inquietud de los niños y la rudeza de los catecúmenos que enseñaba, hicieron famoso el nombre de Andrés y le captaron el aprecio de los misioneros y soldados y el respeto y la veneración de los indios [...] la habilidad de Andrés era tal que suplía con el tacto la falta de vista.⁵¹

48. Los jesuitas se encargaron de enseñar a la población indígena los mecanismos de extracción y trabajo de la piedra, al igual que la fabricación de adobes.

49. Quizá el caso más singular lo tenemos en la descripción que nos hace el jesuita Miguel del Barco acerca de la llegada del retablo de la Iglesia de San Francisco Javier, que llegó de Ciudad de México desarmado y empacado en 32 cajas. En: Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California* (México: UNAM, 1988).

50. De igual manera, los beneficios sacados de la explotación agropecuaria de las misiones de Sinaloa y Sonora iban también destinados a la construcción y decoración de las iglesias misionales, con lo que no recaían directamente en el indígena californiano.

51. Su nombre aparece mencionado por cronistas jesuitas. Tomó el apellido Sistiaga en honor al padre Sebastián de Sistiaga. Fue

Con el paso del tiempo, se mandó traer maestros del virreinato a los que se les pagaba un sueldo. El trabajo pesado de acarreo recaía en los animales de carga y en los indígenas.

La iglesia se abría a la plaza central, que a su vez funciona como atrio. La importancia de la plaza en Nueva España tiene también su reflejo en la Baja California. En la plaza, las partes se identifican con el todo. Los jesuitas mantuvieron la idea de plaza como elemento centralizador y organizador del espacio misional, en torno al cual se articulan edificios y poderes. La plaza se consagra como una iglesia, y para ello, la cruz es el signo de ocupación simbólica.⁵²

Se trata de un espacio lleno de símbolos, empezando por la propia iglesia, las cruces, las capillas y las procesiones. A diferencia del mundo europeo, el carácter económico desaparece de estas plazas. No son mercados de intercambio de productos, sino espacios de representación y manifestación de la fe. Tampoco son espacios donde se erija el poder civil. El tamaño y regularidad de estas plazas dependerá de la orografía. Sobre las viviendas de la población indígena, debido a su nomadismo, no podemos hablar de estancias duraderas, sino más bien cobertizos o chozas realizadas con materiales perecederos. Se levantaron otras estancias también relacionadas con la práctica religiosa, como el hospital, los colegios para la doctrina, los seminarios para hombres y mujeres, los talleres, los graneros y los cementerios. Todos estos recintos de atención social estaban controlados por los jesuitas y, dada su asociación con el elemento religioso, en su construcción se ponía también mucho empeño, primando sobre todo la sencillez y sobriedad de las edificaciones.

Fuera de la misión se abrían territorios ejidales marcados por las rancharías. Estos espacios se encargaban de albergar a las poblaciones indígenas seminómadas que, tras haber asistido a las sesiones de adoctrinamiento en las misiones, regresaban a sus territorios de origen. Ahí continuaban con sus prácticas de subsistencia y patrón de asentamiento semidiserso, lo que provocaría una tremenda confusión y falta de arraigamiento e identificación cultural ante los continuos traslados. La población más joven, por ejemplo, no llegaba a conocer del todo las artimañas para la caza, pesca y recolección, y cuando estaban en la misión, su tiempo lo ocupaban en recibir la doctrina, trabajar los campos y cuidar del ganado.

Conclusiones

El proceso de ocupación y conquista de la península de Baja California tuvo un primer promotor: Hernán Cortés. Los primeros viajes y expediciones de contacto hicieron soñar a los conquistadores españoles con la presencia de un nuevo y rico reino situado “a la diestra mano de las Indias”. Igualmente, desde la Corona se promovieron diferentes expediciones de reconocimiento y contacto con estas

un virtuoso neófito del que los padres se orgullecieron por su docilidad en el trato, facilidad para aprender la lengua castellana y su capacidad como propagador de la fe. Además de su labor como catequista en la misión de Santa Rosalía de Mulegú, San Ignacio y Santa Gertrudis, se encargó de la dirección de las obras de esta última misión. Clavijero 204.

52. Messmacher 145.

regiones, dando inicio a una serie de viajes que permitieron el cabotaje por sus costas. Con todo, desde un principio se observó lo árido e inhóspito del territorio, aunque se pensaba que hacia el interior la situación sería mucho más agradable. Nada más lejos de la realidad.

En estos viajes se corroboró la presencia de grupos humanos que habitaban la Baja California. Éstos, a diferencia de los del Altiplano central, se encontraban en un estadio de desarrollo cultural básico. Eran grupos nómadas de cazadores-recolectores que fueron divididos por los jesuitas en tres naciones que ocupaban de sur a norte el territorio peninsular: pericúes, guaycurús y cochimíes. Organizados en bandas en las que primaban fuertes lazos de parentesco, tenían un patrón de asentamiento muy disperso que se rompía en determinados periodos, con base en una división del ciclo vital que tenía como momentos claves el periodo de recolección de la pitahaya. Esto daba lugar a un contacto entre bandas que se producía en enclaves concretos, generalmente agujajes, de fuerte contenido simbólico para los grupos, sirviendo el medio natural como área cultural identitaria e histórica.

Precisamente estos espacios significativamente potenciales para la identificación del grupo bajacaliforniano serán ocupados por los jesuitas. El proceso de evangelización de la población le será conferido a la Compañía de Jesús gracias a una licencia que iba más allá de la simple conquista espiritual de los habitantes, pues los jesuitas lograron además el control sobre los militares que los acompañaban, así como el mando sobre el poder civil.

Será en el siglo XVIII cuando la importancia de esta región y la necesidad de ocupar y explotar su territorio sea más evidente, al quedar inserta en los planes de expansión y consolidación de la monarquía borbónica. A esto debemos añadir el papel geoestratégico que posee la península, y que le permite convertirse en puerto intermedio en la comunicación de los territorios asiáticos y americanos a través del Galeón de Manila. En ese sentido, ya desde esta centuria este territorio va a despertar el interés de otras potencias, como ingleses, holandeses y rusos, que se intentó frenar con el desarrollo misional en la Alta California.

Aunque su posición periférica, la lejanía geográfica con la capital virreinal, las características de sus pobladores y la aspereza de su territorio puedan sugerir una limitación en su ocupación, estas no fueron excusas para la entrada de la Compañía de Jesús. La nueva realidad histórica que se abre a partir de 1683 estará marcada por complejos episodios en los que el objetivo principal de los ignacianos será el desarrollo en este espacio periférico de un modelo utópico de sociedad que mantuviese incomunicados a los indígenas de los colonos españoles. Así se pone en marcha un sistema de ocupación cuyo más directo antecedente se encuentra en el fenómeno expansionista hacia el Gran Norte Mexicano.

El desarrollo de un sistema misional en la península de Baja California no es una realidad *ex novo*. Ya en el Septentrión novohispano, en las regiones de Nayarit, Sinaloa, Sonora y Chihuahua, los franciscanos y los propios jesuitas estaban desarrollando el mismo esquema. Las únicas diferencias que podrían existir entre todas estas regiones y la Baja California serían el aislamiento geográfico, el nivel

cultural de sus habitantes y la exclusividad que obtuvo la Compañía de Jesús sobre esta región, intentando por todos los medios evitar la presencia de población civil.

En Baja California van a desarrollar una red misional organizada en torno al Camino Real de California, red de comunicación intramisional que, aprovechando incluso vías de tránsito prehispánicas y atravesando la Península de sur a norte, llega hasta los asentamientos franciscanos de la Alta California, en el actual territorio de Estados Unidos. En el apéndice bajacaliforniano, estos asentamientos se repartieron por la margen oriental, espacio en el que se encontraba mayor concentración de agua, si se compara con la sección occidental. Además, su ubicación está estrechamente vinculada con la presencia en la contracosta, Sinaloa y Sonora, de establecimientos jesuitas que permitieron la subsistencia de las misiones a través de continuos abastecimientos de semillas, aperos, animales para el desarrollo de la ganadería, ropajes, instrumentos para la liturgia, etc., hasta que las misiones pudiesen valerse por sí mismas.

Paralelamente se creó el Fondo Piadoso de las Californias, mecanismo activo de financiación y mantenimiento de los asentamientos misionales. Este Fondo se formó gracias a las donaciones de mecenas novohispanos, no sólo en dinero, sino también en bienes inmuebles que permitieron la acumulación de haciendas repartidas por todo el virreinato. Este fenómeno pone de manifiesto que las misiones bajacalifornianas no estaban aisladas sino que se encontraban integradas en un contexto regional y virreinal.

La misión bajacaliforniana se constituyó como una unidad político-económico-social que pretendía reunir en torno a ella a la población nativa de los alrededores para proceder al adoctrinamiento en la fe. Sin embargo, debido al carácter disperso de los naturales y a la poca aptitud de sus tierras para el desarrollo agrícola, la misión tuvo que readaptarse a esta realidad histórica y natural de la península, convirtiéndose en foco de atracción y de dispersión de los diferentes grupos humanos. Así, en la misión sólo habitaba de manera permanente un grupo reducido formado por el misionero, algunos soldados que servían de protección y los neófitos. Las diferentes rancherías o asentamientos dispersos iban alternándose en su visita a la misión. Los misioneros tuvieron que atraer a la población a través de regalos y de comida (principalmente maíz). Los pobladores permanecían en la misión una semana recibiendo doctrina cristiana, trabajando las tierras de labor y siendo alimentados por los misioneros, para luego regresar a sus lugares de origen. Otro momento de atracción de la población tenía que ver con la celebración de determinadas festividades: Semana Santa, Corpus Christi, Pascua, o la de los santos patronos de la misión. Este fenómeno de atracción y dispersión de la población es totalmente novedoso, ya que el resto de los establecimientos misionales, al margen del grupo religioso, siempre contó con un importante grupo de población permanente.

Las misiones se convirtieron además en ordenadoras del territorio con base en un sistema de cabeceras de misión, pueblos de visita, rancherías y reales de minas. Esto supuso el desarrollo de un urbanismo hasta entonces inexistente en la Baja

California. El espacio misional estaba conformado fundamentalmente por la iglesia, la plaza central, la cruz atrial, la escuela, los talleres, el cementerio y las tierras de labor. La iglesia ocupaba el centro de la misión y su relevancia espacial y volumétrica se consiguió conforme fue asentándose y madurando la misión.

Con todo, tradicionalmente vista como región periférica, con unas características de ocupación y desarrollo urbano muy diferentes a las de otras áreas virreinales, el impacto de la presencia jesuita en la península de Baja California provocó un choque de mentalidades y aculturación marcado por la aprehensión que se hace de un espacio, el misional, altamente cargado de simbología.

Fuentes

Manuscritos

Archivo General de Indias, Sevilla (AGI).

Bibliografía

- Amao, José Luis. *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*. México: INAH/Plaza y Valdés, 1997.
- Bernabéu, Salvador. *El septentrión novohispano: Ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*. Madrid: CSIC, 2000.
- _____. *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*. Sevilla: CSIC, 2009.
- Bolton, Herbert E. *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest*. Yale: Yale University Press, 1921.
- _____. "La misión como institución de la frontera en el septentrión de Nueva España". *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*. Coord. Salvador Bernabéu y Francisco de Solano. Madrid: CSIC, 1991.
- Borah, Woodrow. "Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico. El Perú y la Baja California". *Revista de Estudios Novohispanos* 4 (1971): 7-25.
- Brandes, Stanley. "Las misiones de la Alta California como instrumentos de conquista". *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. Encuentros interétnicos*. Vol. II. Eds. Manuel Gutiérrez y otros. Madrid: Siglo XXI/Junta de Extremadura, 1992.
- Cariño, Micheline y Castorena, Lorella. "Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (1697-1768): Cambio cultural/ambiental", *El Patrimonio Cultural en las misiones de Baja California*. Ed. Miguel Ángel Sorroche. Granada: Atrio, 2011.
- Clavijero, Francisco X. *Historia de la Antigua o Baja California*. México: Editorial Porrúa, 1970.
- Del Barco, Miguel. *Historia natural y crónica de la Antigua California*. México: UNAM, 1988.
- Del León, Lucila, y Mario A. Magaña. "La prehistoria y las exploraciones". *Breve historia de Baja California*. Coord. M. A. Samaniego. México: UABC/Miguel Ángel Porrúa, 2006.

- Del Río, Ignacio. "Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de Fray Juan Ramos de Lora". *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974): 241-271.
- _____. *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*. México: UNAM/IIH, 1990.
- _____. "Aculturación y resistencia étnica en la California peninsular: la rebelión indígena de 1734". *Históricas* 32 (1991): 27-38.
- _____. *El régimen jesuítico de la Antigua California*. México: UNAM, 2003.
- _____. "Las haciendas del Fondo Piadoso de las Californias". *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América Virreinal*. Comp. Sandra Negro y Manuel María Marzal. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005.
- Del Valle, Ivonne. *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*. México: Siglo XXI, 2009.
- Díaz, Marco. *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*. México: UNAM, 1986.
- Espinosa, Gloria. *Arquitectura de la conversión y evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*. Almería: Universidad de Almería, 1999.
- Fox, Robin. *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Gutiérrez, Cecilia. "Misiones del Nayar: la postrera obra de los jesuitas en la Nueva España". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 91 (2007): 31-68.
- Jiménez, Alfredo. *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*. Madrid: Editorial Tébar, 2006.
- León-Portilla, Miguel. "Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII". *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974): 89-95.
- _____. *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*. México: UNAM/UABC, 2000.
- _____. *Cartografía y crónicas de la Antigua California*. México: UNAM, 2001.
- _____. "Baja California: geografía de la esperanza". *Artes de México* 65 (2003): 64-71.
- Magaña, Mario A. "Baja California-California: Ensayo histórico de su conformación de frontera de gentilidad a frontera binacional". *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México*. Mexicali: UABC/CONACULTA, 2005.
- Messmacher, Miguel. *La búsqueda del signo de Dios. Ocupación jesuita de la Baja California*. México: FCE, 1997.
- Palou, Francisco. *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterrey*. México: Editorial Porrúa, 1970.
- Piñera, David. *Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los aborígenes a la urbanización dependiente*. México: UNAM/UABC, 1991.

- Powell, Philip W. *Soldiers, Indians, & Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600*. California: University of California, 1952.
- Rawls, James J. *Indians of California*. Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1984.
- Rodríguez, Rosa E. *Historia de los pueblos indígenas de México, Cautivos de Dios. Los cazadores-recolectores de Baja California durante la Colonia*. México: CIE-SAS/INI, 2002.
- Rubio, Jorge I. *El virreinato: Expansión y defensa*. Vol. III. México: FCE, 1983.
- Santos, Ángel. *Los jesuitas en América*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Salas, Hernán. "Introducción a la interpretación de las fronteras". *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México*. Mexicali: UABC/CONACULTA, 2005.
- Sorroche, Miguel Ángel. "Baja California. El espacio patrimonial", *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California*. Ed. Miguel Ángel Sorroche. Granada: Atrio, 2011.